

RAUL ZURITA

MESES
En recuerdo de
Armando Roa ↗

La muerte de alguien adorado, padre, madre, hijo, esposo, no tiene consuelo posible. Ante los que sufren esas pérdidas las palabras nos muestran toda su fragilidad. Es el embarazo de los pésames, esa angustiosa sensación de inutilidad e impotencia frente al que llora y que nos revela en toda su crudeza la imposibilidad de aliviar al otro y que, sin embargo, también nos deja entrever el atisbo de una entrega que nos excede. Esa vez me sobreco-gió el dolor de los suyos, de los que el doctor Armando Roa amaba, pero todo lo que se puede decir en el momento es tan precario, significa tan poco. Fue quizás esa la razón por la que recién ahora me he atrevido a volver a leer este artículo y publicarlo; lo escribí hace siete meses, cuando él acababa de morir.

Todos los que han pasado por un dolor similar saben que cuando se nos muere alguien que de verdad quisimos uno quisiera ser el que muere. La aventura de la sobrevivencia nos parece imposible sin esos gestos, sin ese cuerpo, sin el brillo único de aquella mirada que nada podrá reemplazar. Se dice que aquellos que amamos siguen viviendo dentro de nosotros y en un sentido misterioso es verdad. Pero no ese calor, no esas entrañas, no esos brazos, esos ojos. No podemos morir en lugar del que se quiere como podemos cargar con el sufrimiento del otro, aunque fuese lo único que deseáramos en el mundo.

Quisiera creer que todos nos encontraremos, pero eso, aunque fuese real, no es un consuelo frente a la ausencia concreta. Me gustaría pensar que todas las conversaciones pendientes, que lo que no alcancé a pregun-

tarle, que lo que no alcanzó tal vez a preguntarme seguirán en algún lugar, pero mientras viva y no sepa la única certeza que tengo es que lo volveremos a encontrar en los sueños, en los sueños nocturnos, donde siempre se nos aparecen aquellos que nos importaron y que no están.

El doctor Armando Roa fue un hombre como muy pocos. Su inteligencia y su cultura eran excepcionales, entre otras cosas, porque estaban arrasadas de bondad. Eran su humildad y su modestia, su forma de bajar a veces los ojos en el diálogo, su relampagueo love-mente irónico, el modo de sentarse con las manos en las rodillas. Una vez me dijo que la poesía chilena era grande, porque le daba todo su sentido a la materia. Que allí se veía la resurrección, pero la resurrección con hígado, con páncreas, con piel, con carne, con todo. Recuerdo que me lo dijo después de una lectura. El estaba sentado entre otros, mirando.

Tuve que irme y no lo vi mucho, pero también eso es toda una vida y, como digo, hasta una vez para darse cuenta de la magnitud del hombre que se tenía al frente. Habrá tiempo para referirse a la lucidez de su pensamiento, a sus libros, a su escritura intensa y única. Pero yo necesitaba hablar de alguien a quien conocí por la poesía y que me acogió con una dulzura que muy pocas veces he experimentado. Pido disculpas por lo personal de esto. Pero cómo quisiera que su idea de la poesía chilena, de esa resurrección con todo, con corazón, con pestañas, con orejas, con estómago, fuese verdad, fuese cierta.

La Tercera 30-IV-1998 P.15

En recuerdo de Armando Roa [artículo] Raúl Zurita.

Libros y documentos

AUTORÍA

Zurita, Raúl, 1950-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

En recuerdo de Armando Roa [artículo] Raúl Zurita.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile